

Alberto García Duarte

6

RESCATE



RESCATE

Alberto García Duarte

Rescate

Una aventura rover

Ilustraciones de
JESÚS SALVADOR HARADA



Primera edición: 1985
Segunda edición: 1988
Primera edición digital, Biblioteca 95 años de Escultismo en México
Rumbo al Centenario: 2021
Segunda edición digital: 2024

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso
Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna
Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidenta Nacional

Leticia González Puente

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa de Jóvenes

Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.

Diseño de portada: Berenice Luna Gómez

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno.
Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se
den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A. C.

Llamada de reunión



Por todos los scouts es reconocida esta peculiar forma de llamar a “reunión general”, toda una tradición dentro del escultismo sin duda. También, sabemos que son las tradiciones las que fortalecen el vínculo con nuestra historia.

El historial del escultismo está repleto de experiencias y acontecimientos que son invaluable testimonio de los valores que promueve y no sólo son dignos de ser contados: es necesario que sean conocidos por las nuevas generaciones.

Y como lo hizo Baden-Powell en su vasta obra literaria, surgen los “contadores de historias” que nos trasladan a memorables escenas, que inspiran las aventuras que enriquecen el escultismo de nuestros días; así, encontramos a aquellos que no se limitan a vivirlo plenamente, sino que se ocupan y preocupan en divulgarlo. Tal fue el caso del jefe Alberto García Duarte.

Ingresa al movimiento scout en 1948, en la tropa de los Scouts de France, donde permanece durante tres años. Por motivos de estudio interrumpe su participación en el escultismo, pero no así la práctica de los principios y las actividades que dejaron honda huella en él, como la vida al aire libre —en particular el alpinismo—, y el espíritu de servicio que lo llevó a colaborar en diversas acciones altruistas en beneficio de la comunidad.

Más de una década después, ya como licenciado en Economía, se incorpora al grupo 105 del Colegio La Salle como subjefe de grupo y apoyando a su tropa de scouts, del cual se retira en 1971.

El siguiente año, a instancias del presidente de la Asociación de Colonos de Boulevares, se hacen las gestiones y con la colaboración de algunos miembros del grupo 105, funda el grupo 97 en Naucalpan, el 8 de diciembre de 1972, recibiendo el nombramiento de jefe de grupo del ingeniero Enrique León Andrade, comisionado

de la otrora provincia Norte del Estado de México. Desde entonces y por ya casi cincuenta años, dicho grupo ha sido uno de los pilares del escultismo en esa zona conurbada a la capital del país.

En los años ochenta del siglo pasado, Alberto fue electo consejero nacional y nombrado secretario nacional; asimismo, en su trayectoria scout fue merecedor de diversos reconocimientos, como la Medalla de Heroísmo por rescatar a un menor de un incendio, la Medalla de Perseverancia y la Medalla de la Bellota de Plata, por su labor como dirigente scout.

Convencido del valor del escultismo en la formación de los jóvenes, y de la importancia de divulgarlo para imbuir el espíritu scout, Alberto inició la publicación de Chimalli, en septiembre de 1977 y hasta la fecha aparecida sin interrupción, donde encontramos testimonios de la cotidianidad, entorno y aspiraciones de los integrantes del grupo 97. Publicaría también el relato de Rescate donde, de forma breve y amena, nos comparte una singular aventura rover, inspirada en una experiencia propia, narración donde nos lleva a la intimidad de un clan, mostrándonos desde su lenguaje coloquial, motivaciones, convivencia con la naturaleza y prestancia para actuar ante las vicisitudes; en resumen, un testimonio del espíritu scout.

Hoy, Alberto, con su querida esposa Nelly, tiene bien plantada su tienda en el campo de la dicha y el reposo, satisfecho por la misión cumplida, y seguramente nos estará esperando con un número más de Chimalli, ahora en su capítulo celestial.

MARCELINO ENRIQUE GRACIA GASCA,
Subjefe scout nacional (1987-89),
Naucalpan, verano 2021



Alberto García Duarte
(1935-2009)

Rescate

—¿Qué pasa con esas cuerdas?

La voz potente de Jaime casi se pierde en medio de la tormenta que azota con furia el campamento, cuyas tiendas solo se pueden ver con la luz de los relámpagos.

—Espera un poco —le dice Mario, quien en ese momento penetra a la choza—, en unos minutos las trae Luis: tan solo deja que termine de revisarlas.

—Pero es que son para hoy, no para dentro de un año —responde Jaime, golpeando impaciente la mochila que está frente a él.

Mario no le contesta, sólo se limita a quitarse la manga que chorrea agua y a desembarazarse de la mochila y de las rapeleras que trae en banderola sobre el pecho, y en las que carga una docena de mosquetones y clavijas de varios tipos; de pronto, se lleva las manos a la cabeza y exclama en tono tragicómico:

—¡Me lleva el tren... !

—¿Ahora qué? —pregunta Jaime.

—Dejé un martillo en mi tienda... tendré que salir por él —dijo, colocándose su manga al momento en que se metía de nuevo al aguacero y a la noche que reinaba afuera.

—¡No saldremos nunca! —gritó Jaime.

—Calma, Jimmy, calma —intervino en ese momento Julio, quien estaba sentado en un pequeño tronco, mientras que revisaba con Alejandro las pilas de varias lámparas de mano y de los *walkie-talkies*.

—Pero jefe, es que...

—¡Ya, cálmate! —le interrumpió Julio en forma tajante—; si no te controlas, no podrás acompañarnos, ya que con tales nervios darías al traste con la misión, aparte de que

podrías provocar algún accidente grave. Sé que la situación es muy difícil y urgente, pero por lo mismo todos tendremos que actuar calmados, de otra forma no podríamos concentrarnos.

En ese momento penetraron en la choza cuatro jóvenes con sus mangas empapadas, precedidos por Mario quien exclamó jovial, mientras se sacudía el agua con grandes aspavientos:

—¡Ah pa'nohecita!... pero ya no sufran, que aquí estamos listos para partir.

* * *

El amanecer no pudo ser más hermoso: el sol apareció tras las montañas, anunciándose con un torrente de rayos de luz que coloreaban las escasas nubes con una multitud de tonos rojos, anaranjados y amarillos, a la vez que el firmamento iba cambiando de un gris acero a un morado intenso y más tarde a un azul esplendoroso.

La bruma, como si la luz matinal la despertara, comenzó a subir lentamente dejando al descubierto los altos picos que, poco a poco, iba bañando el sol, apreciándose en toda su magnificencia los grandes macizos rocosos que rodeaban la planicie; hacia el Suroeste, la cascada parecía un grueso hilo de plata suspendido de la nada y que se precipitaba en un negro abismo.

El bosque recuperó paulatinamente su calor y su vida al beso tibio de la aurora, subiendo cada vez más el tono del trinar de los pájaros y del zumbido de los insectos, como diciendo a los que dormían en la tienda: “Despierten ya, el día se anuncia muy hermoso; salgan a gozarlo en vez de desperdiciar la hora más grata del día”.

En un gran claro del bosque se alzaban cinco tiendas, y de ellas comenzaron a salir risas juveniles, junto con algunos zapatos y otras prendas de vestir. Las patrullas se levantaban

listas para iniciar sus actividades en ese que se presagiaba caluroso día.

* * *

El clan daba fin a su desayuno. Alrededor del fuego departían animadamente nueve jóvenes y otro un poco mayor.

—Casi no empacas, cuate; con ése ya son tres platos de huevo que te despachas. Y eso que Alejandro sigue siendo un pésimo cocinero, aunque lleva más de siete años de practicar, desde que estaba en la tropa y traía siempre enfermos del estómago a los de su patrulla.

Quien así hablaba, dirigiéndose a Rubén, era Mario, un muchacho todo buen humor que jamás se enojaba por nada, y que para todo tenía siempre alguna frase o comentario chusco.

Rubén, uno de los más jóvenes del grupo, sólo se limitó a mirarlo esbozando una sonrisa, al tiempo que apoyaba el plato sobre las piernas y se palpaba el amplio torso con sus manos, señalando así que debía alimentar más su robusta humanidad. En general, Rubén era un muchacho muy callado, casi taciturno, pero sumamente noble y trabajador; apenas hacía unos meses que había pasado al clan proveniente de la tropa, y su espíritu de colaboración era muy grande, si bien no se adaptaba aún a sus compañeros un poco mayores que él. Por su parte, Alejandro era hosco, tanto que le apodaban *el Hurón* debido a su carácter, ya que desde pequeño había perdido a su padre y, como hermano mayor, siempre había velado por su madre y dos hermanas menores; muy trabajador, era quizás el más noble de todos los del clan, no dudando nunca, como lo había hecho múltiples ocasiones, en ceder su tienda, su comida o cualquier cosa a favor de quien lo necesitase.

El compañero inseparable de Mario era Pablo, que al igual que aquel traía de cabeza a todos con sus bromas y sus chistes; nunca sabían cuándo hablaba en serio y cuándo no.

Otro pequeño equipo del clan lo formaban Jaime, Luis y Carlos: el primero era un positivo manajo de nervios, impaciente, sumamente impulsivo en todo, en tanto que Luis representaba el polo opuesto, ya que era increíblemente calmado, tanto que le decían que tenía plomo en las venas en lugar de sangre. Carlos, por su parte, era alegre pero sumamente frío y calculador, no existiendo para él nada más allá de la lógica.

Estaban también Tomás, el simpático alocado, para quien la vida y los problemas valían poco menos que un cacahuate, y Ernesto, el más joven de todos, y que apenas tenía tres semanas de haber pasado al clan.

El jefe de clan era Julio, un hombre joven de fuerte personalidad y gran carácter, profundamente estimado por todos, no sólo por sus conocimientos y su comprensión para con todos, sino también por su buen humor, habilidad y entusiasmo en todas las actividades que planeaban y desarrollaban. Antiguo scout, era un enamorado perdido del Movimiento, al cual dedicaba la mejor parte de su vida, no obstante que estaba casado y tenía dos hijos; su ideal era formar hombres de rectos principios, útiles a su país, teniendo que usar a veces buenas dosis de paciencia, de comprensión y de energía para imponer disciplina al espíritu scout aunque, muchas veces, se hacía odiar por su inflexibilidad en no salirse ni dejarlos salir de los lineamientos establecidos, pero en el fondo todos “sus muchachos”, como él los llamaba, lo respetaban porque sabían que tenía la razón.



—Apresúrense muchachos —intervino Julio—, que tenemos que salir lo más pronto posible para llevar a cabo todos nuestros propósitos de hoy. Y ustedes, Tom y Carlos, revisen que llevan lo necesario para su expedición rover. Espero hayan estudiado anoche su primer sobre de instrucciones y tengan todo preparado

—Claro que sí, jefe —respondió Tomás—, o ¿acaso no conoces la mente de computadora de Carlos? Se aprendió todo de memoria, y te apuesto a que hasta adivinó las instrucciones de los otros sobres y todo lo tiene fríamente calculado.

—Sí, claro, y tú no hiciste nada —terció Jaime.

—¿Cómo que no? Pero como reza el refrán: de dos que se quieran bien, con uno que se preocupe basta, ¿o no?

—Miren qué cinismo y desfachatez —comentó Pablo, riendo—, eso sí es manejar con toda propiedad el idioma. Seguro que Carlos se preocupa y Tom se despreocupa, Tomás descansa y Carlos trabaja; Carlos hace guardia y tú te duermes, y querrás también comer mientras el pobre de Carlos

cocina y lava los trastes. No cabe duda que tu sentido de distribución del trabajo es conmovedor, por lo justo.

—Si están listos, márchense —les dijo Julio—. Recuerden que deben seguir las instrucciones lo más fielmente que puedan; en general no son difíciles, pero por favor no hagan locuras. Los esperamos aquí mañana al atardecer, más o menos. Buena suerte.

—¡Que les vaya bien y que se diviertan! —clamó el resto de sus compañeros cuando partieron con sus mochilas a la espalda.

—Ahora nosotros debemos prepararnos para nuestra escalada —dijo Julio—. Tú, Luis, recoge las cuerdas y enróllalas, por favor, en tanto que Rubén selecciona las clavijas y ordena los mosquetones; ah, por cierto, no te olvides de llevar dos estribos y las rapeleras; mientras, los demás limpiaremos todo esto y lavaremos los trastes. Partimos en treinta minutos.

* * *

De conformidad con las instrucciones recibidas en su primer sobre, Tomás y Carlos encaminaron sus pasos con rumbo 210 grados, tomando por un angosto sendero que los fue internando en el bosque. Caminaron rápido y en silencio por espacio de 30 minutos, primero en medio de añosos encinos, encontrando poco a poco majestuosos oyameles y después sólo coníferas. El sol comenzaba a filtrar sus rayos a través de la fronda y de la neblina matinal, presentando una visión de extraordinaria e imponente belleza; a cada paso, su marcha se dificultaba, no sólo por la pendiente mayor sino, también, porque el sendero se perdía por la proliferación de arbustos, a la vez que el aumento de humedad, que hacía muy resbaloso el piso.

Al llegar a una pequeña hondonada que debían cruzar, Tomás detuvo a Carlos, diciéndole:

—Déjame tomar un poco de aire y descansar las piernas, ya que, a este paso, y con lo resbaloso que se ha puesto el camino, el esfuerzo se duplica.

—Claro que sí, Tom, porque si no lo propones tú lo habría propuesto yo: estoy jadeante y empiezo a sudar, no obstante que aún está fresca la mañana —después de una breve pausa que le ayudó a normalizar su respiración, continuó—. Creo que ya estamos cerca del río, no sólo por la humedad reinante, sino por el buen paso que traemos; calculo que máximo en quince minutos llegaremos. Ahí debemos revisar el puente y reforzarlo en donde esté débil... Por cierto, ¿trajiste todo lo necesario?

—Creo que sí; pero déjame ver.... Sí, aquí está y no falta nada, siempre y cuando no se necesite una vigueta de acero de diez metros, porque esa sí se me olvidó en mi tienda.

—Oye, esperemos que no, porque sería un verdadero problema.

—Bien.... ¿después qué haremos?

—Fijamos nuestros puntos de referencia en un plano topográfico, y después rodeamos la pared para llegar al poblado de San Andrés que se localiza del otro lado. Ahí deberemos abrir nuestro sobre número dos.

—En marcha entonces.

Los dos amigos se colocaron nuevamente sus mochilas y reiniciaron la marcha con renovada energía. Continuaron por una vereda ascendente en medio del denso bosque de coníferas, en un ambiente cada vez más húmedo y con fuertes y excitantes aromas de pino y menta; el murmullo proveniente de la cascada cercana se hacía cada vez más fuerte y los claneros, sin darse cuenta, aceleraban el paso hasta que salieron a un pequeño claro en la margen del río, casi frente a un puente rústico de madera y como a 200 metros de una alta pared de roca, desde cuya cima se precipitaba el río formando una hermosa cascada que, al caer durante milenios, había labrado una amplia y profunda poza.

Los dos muchachos se quedaron momentáneamente paralizados por el majestuoso espectáculo que se abrió ante sus ojos.

—¡Qué maravilla! —exclamó por fin Carlos—, nunca me imaginé toparme con esto; pero, en fin. Ya lo vimos y debemos trabajar.

—Cálmate un momento, insensible máquina —protesto Tomás—. Primero deja que tome algunas fotos.

—Bien, pero tómalas rápido mientras empiezo a revisar el estado del puente.

Trabajaron diligentes y con una habilidad que revelaba su depurada técnica scout, y pronto terminaron su labor.

—No estará perfecto, pero quedó bien —comentó Tomás.

—Claro que sí; ahora debemos pasar del otro lado de la pared y, según las instrucciones que nos dieron, parece que la ruta es por aquel lado —dijo Carlos, señalando un camino que, rodeando el macizo rocoso, ascendía zigzagueante por la ladera cubierta de altos matorrales.

—¿No te parece que por ahí resulta demasiado largo y lento? Yo opinaría que si atacamos directamente por la roca ahorraremos mucho tiempo; además, desde aquí se puede trazar fácilmente la vía de ascenso. Empezando por aquella prominencia, tomamos luego un tramo de la chimenea hasta la cornisa; llegamos a la saliente y con un brinco más coronamos. Frente a otras rocas que hemos conquistado ésta me parece una escalera de mano, ya que abundan los asideros, hasta para escoger.

—Sí, desde ese punto de vista tienes razón, la subida es cosa de niños, ¿pero no te olvidas de ningún detalle?

—No sé a qué te refieres, la cosa está clara.

—Clarísima, para alguien alocado como tú. ¿Quieres decirme, cabeza de chorlito, cómo vamos a bajar del otro lado? ¿Te olvidas que no traemos suficiente cuerda para un rapel de esa altura y que no conocemos el otro lado de la

roca como para planear varios rapeles cortos? Además, recuerda que, según el plano, San Andrés se localiza en dirección opuesta y, suponiendo que del otro lado se tenga una ladera cómoda, lo que hace suponer la dirección del río, de cualquier forma, tendríamos que caminar mucho más hasta el poblado, por lo que lo único que ganaremos es correr riesgos innecesarios.

—Bueno, bueno, ¿pero se oyó bien, o no?

—Déjate de locuras y vámonos... pero, oye, te pareces al Tío Lolo, que le gusta comer solo. No seas codo y pásate un chocolate.



Con esa sana y alegre camaradería reiniciaron su marcha, charlando, cantando, y a veces resoplando, hasta que una hora después, cuando el sol ya casi alcanzaba su máxima altura, divisaron a sus pies un pequeño poblado que vivía como a la sombra y protección de la montaña, con un valle más abajo que parecía un gigantesco rompecabezas formado por terrenos cultivados, algunos huertos y tierras de pastoreo, cruzado por un arroyo que bajaba de la misma montaña y cuyas aguas se recibían en una pequeña presa con la que se regaban las tierras bajas. Con sus torres apuntando al cielo destacaba una pequeña iglesia, cuya campana tocó al Ángelus cuando los dos amigos irrumpían en el poblado, ante

la mirada curiosa de varios niños que jugaban frente a una construcción que servía de escuela.

—Buenos días, amiguitos, ¿no quieren un dulce? —les saludó sonriente Tomás, dándoles algunos caramelos que los chiquillos agradecieron, y luego, dirigiéndose a Carlos: —Sentémonos a la sombra de aquel árbol y veamos qué se le ocurrió a Julio ponernos en su segundo sobre, aunque espero que sea una buena pierna de jamón ahumado y una botella de vino bien fría, porque tengo un apetito....

—Siento desilusionarte, Tom, pero en el sobre no viene ninguna pierna de jamón, sólo trae un salami, y como no te gusta...

—¡De momento comería hasta piedras! Pero ni modo, a ver, lee lo que nos dice el jefazo.

—Empieza muy agradable: nos indica que compremos en el mercado del pueblo alguna fruta, pan o tortillas, y un refresco para complementar el menú que nos dio Alejandro, y que comamos; después....

—¡Momento! —interrumpió Tomás—, ésa es una orden que debemos cumplir de inmediato; después, con el estómago tranquilo, veremos qué más hay que hacer.

Los dos jóvenes comieron alegremente en una banca del parque, y ocuparon la tarde en realizar labores que Julio les indicó en forma clara y precisa; al caer la noche, salieron del pueblo para dirigirse nuevamente a la montaña con un rumbo de 20 grados, y a un kilómetro y medio de distancia encontraron un refugio de pastores, donde prepararon su cena y, después de hacer un sencillo plano celeste —y contemplar absortos el poblado que tranquilo se veía abajo de ellos recordándoles el nacimiento que todos los años ponían en sus hogares—, cayeron en un sueño profundo y reparador.

* * *

No obstante los deseos de Julio por salir temprano, el carácter alegre y despreocupado de sus muchachos, que ocupaban gran tiempo en hacerse bromas, los retrasó en forma considerable. Por fin, casi hora y media después de la partida de Carlos y Tomás, el resto del clan se dirigió a un punto predeterminado del macizo rocoso para llevar a cabo una práctica de escalada, en especial dando énfasis al manejo de la cuerda de seguridad y a las diversas formas en que debe darse apoyo al o los compañeros de encordada. Como en esto se les fue toda la mañana, comieron algunos panes y carne seca que llevaban, y durante la tarde aprendieron el manejo de la triple cuerda y el auto aseguramiento, con miras a poner en práctica sus nuevos conocimientos al día siguiente en un corto y bajo techo localizado cerca, y que casi podía considerarse como una gruta.

En la noche, después de tomar algunos alimentos, llegaron al campamento de la tropa y compartieron con los scouts la alegría y el increíble espíritu de la fogata de campamento.

La noche transcurrió tranquila, pero con un calor sofocante, comenzando a soplar en la madrugada un viento húmedo que, al salir el sol, acumuló una densa neblina sobre las montañas, si bien nadie le dio importancia, aunque el astro rey apareció de gran tamaño y de un color rojo intenso.

Absortos como estaban en su práctica de techo en roca, no se percataron que la intensidad del viento era cada vez mayor, y que nubes negras y amenazadoras se arremolinaban y desgarraban en torno de los altos picos hasta cubrirlos casi por completo, si bien, pasado el mediodía calmó su furia Eolo y se despejó un poco el cielo.

A poco de iniciar el camino, de regreso al campamento para comer, Jaime detuvo a todos, exclamando en forma imperativa:

—¡Esperen!

—¿Y ahora qué mosca te picó? —preguntó Pablo.

—No fue mosca —comentó Mario, riendo—, lo que pasa es que vi aparecer un duende en la maleza.

—Qué lástima que no sea una hermosa hada —continuó Pablo.

—¡Cállense! —gritó Jaime, furioso.

—¿Qué pasa, Jaime? —intervino Julio.

—No le hagas caso, jefe —dijo Pablo—, son sus nervios, ¿verdad, Mario?

—Claro que sí —dijo éste—, o a la mejor se le olvidó el cerebro allá arriba y apenas se dio cuenta ahora.

—Esperen un poco, muchachos, ¿qué te pasa Jaime? —insistió Julio.

Jaime, que durante este tiempo se mantuvo en tensión con la mirada fija en lo alto de las rocas que minutos antes habían dejado, como queriendo ver o escuchar algo, respondió:

—Un silbato.

—¿Qué? —preguntó alarmado Rubén.

—Sí, oí claramente un silbato mandando lo que creo es una señal de auxilio.

—Un momento, explícate —ordenó Julio.

—Si, Julio, estoy seguro: escuché claramente dos o tres cortos y tres largos, aunque el último casi se perdió en el viento.

—¡Válgame Dios, qué imaginación! —terció Pablo.

—¿No te equivocas? —inquirió Alejandro.

—No, Alex, los oí bien.

—Es posible que los oyeras —apuntó Luis—, pero no creo que provengan de las rocas. Recuerda que la tropa está allá abajo y que el viento corre de aquella dirección hacia nosotros; así, no resulta probable que sea una llamada de auxilio ni nada por el estilo, ya que anoche nos comentaron que hoy iban a tener una actividad de rastreo con práctica de Morse.

—Quizá, pero los silbatazos provenían de arriba, estoy seguro, y fue en un momento en que amainó el viento.

—Existe esa probabilidad, y no debemos pasarla por alto —opinó Rubén—; por tanto, les propongo que nos detengamos un momento y guardemos silencio, a la vez que pidamos confirmación de mensaje cada dos minutos. Quizá no obtengamos nada, pero tampoco perderemos nada, sólo poco de tiempo que aprovechamos para descansar.

—Me parece muy buena idea —dijo Julio, quien estaba escudriñando las rocas con los prismáticos—. Ernesto, ya que conoces muy bien el Morse, ¿no quieres hacerlo? Los demás permaneceremos atentos a cualquier respuesta.

Todos se sentaron en la hierba y claramente Ernesto hizo sonar su silbato: largo-corto-largo. Esperaron dos minutos y nuevamente el viento llevó la señal de “Listo para recibir”, y así como cinco veces más, sin que obtuvieran ninguna respuesta positiva, ya que sólo se escuchó el viento entre las ramas de los árboles y algunos gritos que claramente provenían de abajo, del campamento de las patrullas.

—No cabe duda que te equivocaste, Jaime, y no creo que valga la pena continuar, porque si seguimos aquí yo también voy a oír llamadas de auxilio, pero provenientes de mi estómago que ya empieza a incomodarse —comentó Rubén.

—Vamos a comer y a esperar el regreso de Tomás y Carlos, quienes no deben de tardar —ordenó Julio—. Posiblemente, Luis tiene razón y los silbatazos provinieron de la tropa y no existe razón para quedarnos aquí ni para alarmarse.



Cuando Carlos y Tomás despertaron, cerca de las siete de la mañana, hicieron algunos ejercicios para desentumir los músculos, tomaron su desayuno, limpiaron todo y abrieron su último sobre. En él se les ordenaba seguir rumbo al Norte, por un camino de herradura perfectamente localizable a unos pasos de donde se encontraban, y tomarlo hasta un ojo de agua aproximadamente a ocho kilómetros de ahí; después de cruzar el río, tomarían rumbo de 50 grados subiendo casi a la cima de la montaña, la misma cuya oriental contemplaba hacia el campamento, formando el macizo rocoso con sus retadores picos, algunos todavía inconquistados, y alcanzar la base del pico llamado El Enano, bajarían con dirección 340 grados al pueblo de Santo Domingo, ya por ellos conocido, donde deberían comer y entregar unos libros que llevaban al maestro de la escuela rural. De ahí rodearían las rocas y tomarían el camino del campamento que, por ser muy fácil y todo de bajada, sólo representaría un mero trámite.

Con entusiasmo emprendieron la marcha, si bien no dejó de preocuparles un poco lo cerrado de las nubes y la velocidad con que se desplazaban. Tomás bien pronto se despreocupó, señalando que quizá caería una leve llovizna que resultaría una bendición para refrescarlos un poco, pero Carlos tomó buena nota de todos los puntos de referencia en un plano que trazó rápidamente.

La primera parte de su recorrido la cumplieron sin mayor problema, pero cuando comenzaron la ascensión, la neblina se fue haciendo cada vez más intensa, lo mismo que el viento, por lo que Carlos sugirió la necesidad de encordarse.

—No exageres —le respondió Tomás—, esto es sólo un momento. Ya verás cómo la misma fuerza del viento levantará la niebla; recuerda que estamos en la ladera poniente, y

aún no llegamos a la cima. Te aseguro que un poco más arriba el aire que sopla del oriente barrerá con las nubes.

—Tu razonamiento me suena lógico, pero... no sé... quizá no nos podamos encordar mientras eso sucede.

—Vamos, cierto que hay neblina, pero no tan cerrada que no nos permita ver; quizás a ratos es espesa, pero en general está pasable.

Así, los dos amigos siguieron caminando en silencio, ya que la poca visibilidad les hacía tropezar a menudo y el esfuerzo desarrollado era agotador. Tras casi una hora de lucha contra los elementos, la montaña y sus propios músculos cansados, Tomás, que marchaba unos metros adelante, se quitó la mochila y le gritó a su compañero:

—Espérame aquí y descansa un poco, creo que ya casi llegamos a El Enano y quiero verificar bien el camino, porque siento que venimos desviados un poco a la izquierda.

—No vayas —replicó Carlos, pero aquél no le escuchó y de inmediato se perdió entre la espesa niebla.

Tomás avanzó casi a tientas por entre las rocas, muchas de las cuales rodaban estrepitosamente al choque de sus pies y su caída se perdía en la distancia; sin darse cuenta, comenzó a descender por un costado de la roca y, de pronto, la piedra en la que se apoyaba uno de sus pies cedió bajo su peso y cayó. En ese momento su instinto lo hizo girar cara a la roca y sus manos buscaron en forma desesperada una saliente para asirse, lo que logró casi milagrosamente. Sus dedos se crisparon al tiempo que gritó con ansiedad:

—¡Ayúdame, Carlos!, ¡auxilio!

Al oír el grito de su compañero, Carlos se levantó rápidamente y como pudo, casi a gatas, se lanzó en su búsqueda, llegando en unos cuantos segundos al borde del abismo en donde, como a ocho o diez metros más abajo divisó a Tomás, que penosamente se podía sostener con la punta de sus dedos sangrantes de una ligera fisura en la roca; uno de sus pies

encontró un apoyo pequeño pero firme, lo que les permitió un relativo descanso a sus manos.

—¡Sostente un poco!, ¡te voy a tirar la cuerda!

—¡Dime si tengo algún apoyo abajo! —contestó Tom, con voz anhelante.

—¡No lo sé, la niebla no permite ver nada! Pero, por amor de Dios, ¡sostente unos segundos más!

—¡Rápido, Carlos! ¡No aguanto más los dedos y se me está acalambando la pierna!

En el momento que Carlos arrojó la cuerda, vio con desesperación e impotencia cómo su amigo, no soportando más el esfuerzo, se soltaba de la pequeña hendidura y, lanzando un grito desgarrador, caía al abismo totalmente cerrado por niebla.

—¡No, Tom, no! —sollozó desesperado Carlos—, ¡no te sueltes! —y cayó de rodillas con los ojos desorbitados mirando hacia abajo, petrificado por un dolor inenarrable que lo sacudió violentamente. Quedose así por quien sabe cuánto tiempo, no acertando a mover ni uno sólo de sus músculos; la única señal de vida que se le podía apreciar eran las lágrimas que rodaban por sus mejillas.



* * *

Jaime no ocultaba su nerviosismo. Durante la comida y toda la tarde no dejó de comentar los silbatazos que creyó oír, con la idea fija de que Carlos y Tomás tenían problemas; sus compañeros, incluso, comenzaron a contagiarse, aún con las burlas y bromas de Pablo y Mario.

Cayó la noche sin que llegaran los dos expedicionarios, por lo que, no obstante que llovía con fuerza, Julio se dirigió al campamento de la tropa y platicó con Pepe y Antonio, jefe y subjefe de la misma.

—Oigan, muchachos, estoy preocupado por Tom y Carlos que aún no regresan de su expedición; al medio día, cuando regresábamos a comer, Jaime afirmó que había escuchado una llamada de auxilio, que según él provino de lo alto de las rocas, pero no fue confirmada. ¿Ustedes no oyeron nada?

—A decir verdad —contestó Pepe—, en la mañana llegamos casi al pie de la pared y, según comentaron algunos de los muchachos, les pareció oír un grito en lo alto, pero no les dimos importancia porque, como tú dices, no se confirmó nada; además, conocemos la ruta que llevaban Tom y Carlos, porque la comentaste el pasado Consejo de Grupo, y sabemos que debieron haber pasado del otro lado y ese camino es fácil. Pero quién sabe qué problemas se les presentaron con la niebla que, al menos desde abajo, se veía muy dura.

—Voy a esperar un poco más —comentó Julio—, y si la lluvia aumenta y no llegan saldremos a buscarlos, en cuyo caso les mando a alguien. No inquieten a los scouts con esto, y les aconsejo revisen bien sus tiendas, tensores, clavijas y zanzas, pues creo tendremos tormenta.

—Ya lo hicimos, pues también creemos que la noche no será de las más apacibles.

—Cuídense y rueguen a Dios que todo salga bien.

—Claro Julio, tengan cuidado y buena suerte. Recuerda que puedes contar con todos nosotros, para lo que sea, en caso necesario.

—Gracias, muchachos, lo sé muy bien. Chao.

La lluvia creció en intensidad, y hacia la medianoche se convirtió en fuerte tormenta, por lo que Julio reunió al clan y les dijo:

—La situación es difícil. Quisiera nos organizáramos para salir a buscar a Tom y a Carlos. ¿Qué opinan?

Todos estuvieron de acuerdo.

—Bien, necesitamos todas las cuerdas disponibles, clavijas y mosquetones, rapeleras, lámparas, brújulas, silbatos, botiquín, piolas, los *walkie-talkies*, pilas, luces de seguridad y comida ligera. Nos vemos lo más pronto posible en la choza.

—Aquí estamos listos para partir... —señaló Mario cuando, al fin, entró con el resto de sus compañeros después de recoger el martillo que había olvidado.

—Escúchenme bien todos —ordenó Julio—, el plan es el siguiente: saldremos en dos grupos, por ambos lados de la ruta; cada uno llevará el equipo necesario y un *walkie-talkie*. Alguien se quedará con la tropa, con un aparato, y otro aquí mismo para que nos apoyen en caso necesario. Pablo ¿quieres ir con la tropa?

—No me gusta la idea —protestó el aludido—, pero si crees que ahí soy más útil, acepto; además, el otro día vi que los Zorros tiene un montón de chocolates, y les haré el favor de aligerarlos un poco si se dejan.

—Gracias, Pablo; y tú, Ernesto, ¿te quedas aquí?

—Como tú digas, Julio. Gracias.

—Entonces, Alejandro irá al frente de un equipo con Jaime y Luis, en tanto que yo iré con Mario y Rubén. Vamos a sortear la ruta.

A Alejandro le tocó salir por Santo Domingo, por lo que Julio y sus acompañantes partirían a San Andrés, por el lado del río.

—Vámonos pues —señaló Julio—, y cuídense de los rayos. Nos comunicaremos cada vez que sea necesario, por lo que mantendremos abiertos los aparatos todo el tiempo. Son las cero horas y cincuenta minutos.

Los seis recogieron sus equipos, se pusieron las mangas y se lanzaron al exterior con decisión y valor, ya que no resultaba nada fácil salir a una búsqueda y posible rescate de sus compañeros con un tiempo tan inclemente, pues la tormenta arreciaba por momentos y los relámpagos se sucedían unos a otros casi en forma continuada.

Pablo se quedó un momento mientras envolvía su bolsa de dormir en plástico con la ayuda de Ernesto, quien le dijo:

—Realmente me da gusto que tú vayas con la tropa, porque como hace poco todavía estabas con ellos, los conoces bien y sé que han de estar asustados con la tormenta, sobre todos los Halcones que tienen varios chicos; con tu buen humor y espíritu scout les levantarás el ánimo.

—Me hubiera gustado más ir con Julio, pero ni modo; espero de todos modos ser útil ahí. Te dejo y ojalá no te aburras aquí solo; si necesitas algo me llamas —dijo Pablo, saliendo.

—Gracias; ve con cuidado y suerte.

* * *

La desesperación por encontrar a sus compañeros hacía que los dos grupos de rescate caminaran a un paso acelerado, pero el mal tiempo los hacía resbalar y caer a cada momento, lo que les provocaba un desgaste físico tremendo y sólo les sostenía su excelente condición física, así como la amistad entrañable que los unía a todos. Pasadas las dos de la mañana, se oyó la voz de Julio en los aparatos de radio:

—Alejandro, ¿me escuchas?

—Sí, jefe —contestó éste—, ¿qué pasa?

—Llegamos al puente del río y, por las reparaciones hechas, vemos que pasaron por aquí; seguimos rumbo a San Andrés por la ruta corta. ¿Tú dónde estás?

—Como a la mitad de la subida a Santo Domingo. Por el camino baja gran cantidad de agua que nos atrasa mucho. No hay ninguna señal de ellos.

—Continuamos y fuera.

La lucha contra los elementos continuó para los seis amigos en forma incesante; a cada paso que daban, el cansancio casi les hacía desistir de su empeño, pero su espíritu se sobreponía y en la mente solo tenían un pensamiento: encontrar a Carlos y Tomás.

Cerca de las cuatro, la tormenta comenzó a ceder un poco, lo que en mucho sirvió para reanimar a los dos pequeños grupos que aceleraron aún más su casi febril paso.

—¡Jefe! —tronó la voz de Alejandro.

—Sí, dime —contestó Julio.

—Llegamos a Santo Domingo: no hay señales de ellos. ¿Seguimos o despertamos al maestro para preguntarle si los vio?

Si no hay ningún cartel en la puerta de la escuela, sigan hasta El Enano. Nosotros ya salimos de San Andrés, y sí pasaron por aquí.

—Ya vimos y no hay nada.

—Entonces deben estar arriba. ¿Cómo están ustedes, en especial Jaime?

—Bien, en general. Jaime viene desesperado, muy pesimista y nervioso; Luis lo calma bastante. ¿Ustedes cómo van?

—Bien, gracias. Sigamos subiendo.

—Correcto y fuera.

Ernesto en la cabaña, Pablo en la tienda de Pepe y Antonio escuchaban estas conversaciones, y su ansiedad iba en aumento; si bien les alentaba el que la tormenta prácticamente había cesado; sólo caía una ligera llovizna y no soplaba casi viento.

De pronto, sonó con tono alarmado la voz de Ernesto:

—¿Alguien me escucha? ¡Contesten!

—¿Qué pasa, Ernesto? —respondió de inmediato Pablo.

—Un silbato que viene de lo alto de las rocas.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que sí... ¡ahí se oye otra vez!

—Es verdad —dijo Pablo.

—Alejandro, Alejandro —llamó Julio—, ¿nos escuchas? Alejandro, ¿nos escuchas?

—Muy débil —contestó éste—. Abajo escuchamos llamados de silbato.

—Si son silbatos largos y espaciados, somos nosotros.

—Sí, así son —comentó Ernesto con cierto desánimo.

—¿Dónde estás? —inquirió Julio.

—Como quinientos metros adelante de El Enano. No vemos ninguna señal. ¿Ustedes por dónde andan?

—Llegamos al ojo de agua y vamos a empezar la subida.

—¡Julio!, ¡Julio! —gritó Alejandro—, ¡encontramos la mochila de Tomás!

—¿Dónde?

—Como a quince metros arriba del camino. Vamos a buscar por aquí caminando en círculos.

—Está bien, pero tengan cuidado; subiremos lo más rápido que podamos.

Pasaron minutos interminables, y al cabo llamó nuevamente Alejandro:

—Encontramos la cuerda que traían, amarrada a una clavija... ¡Dios mío! ¡Parece que hicieron rapel al vacío! —gimió desesperado.

Eran casi las cinco de la mañana y el día comenzaba a clarear.

—Pablo, Ernesto, ¿escuchan? —preguntó Julio.

— Sí —respondieron ambos.

—Reúnanse y de inmediato vayan al pie de las rocas, unos doscientos metros al norte de los diedros.

—Correcto —dijo Ernesto—. Aquí te espero, Pablo.

—Voy —le contestó.

Mientras tanto, Alejandro hacía sonar su silbato cada minuto y Jaime y Luis se desgañitaban gritando, pero no obtenían respuesta.

Pronto llegaron, jadeantes, enlodados, con la ropa hecha girones, y con la desesperación y el agotamiento cincelados en sus rostros demacrados, Julio, Rubén y Mario, quienes sólo atinaron a decir:

—¿Hay algo?

—Nada, inada! —exclamó llorando Jaime—. Parece que cayeron al precipicio... Si me hubieran hecho caso ayer...

—Virgen santa... —murmuró Rubén y se sentó, casi derrumbó en una piedra, con la mirada perdida en el vacío.

Los demás no atinaban a hacer nada y quedaron como paralizados; Julio, sin embargo, demostrando gran entereza y una vez repuesto del tremendo impacto que sufrió, se acercó a la cuerda que colgaba de la roca y miró atentamente hacia abajo, a la luz del día que despuntaba.

—Abajo hay algo —exclamó—, en aquella repisa se ve un trapo blanco... quizás un pañuelo...

Al oír estas palabras, todos se acercaron como impulsados por un resorte...

* * *

Carlos permaneció mucho tiempo estático. El viento seguía soplando con fuerza y las nubes se agolpaban y distendían con gran velocidad y, en un momento en que se desgarraron, Carlos creyó ver algo un poco más abajo del lugar de donde se desprendió su amigo. ¡Sí!, si sus ojos no lo engañaban, ahí estaba Tomás.

Se levantó con presteza para poder confirmar su fugaz visión. Sí, efectivamente: Tom se encontraba en una repisa, inmóvil, cara al cielo.

—¡Tom!, ¡Tom! —gritó, casi aulló desesperado—, ¡contéstame, Tom! —pero Tomás no daba señales de vida.

—¡Debo bajar!, ¡debo bajar! —se dijo Carlos con ansiedad, y con toda celeridad extrajo de sus alforjas una clavija y la colocó en una rendija de la roca, introduciéndola con firmeza; ató la cuerda a la anilla y, sin perder tiempo, se lanzó al abismo en un rapel simple, sin recordar que la cuerda que llevaba solo medía diez metros de largo. Bien pronto descubrió este hecho, pero al percatarse que quedaba a una altura menor de dos metros, se dejó caer en la cornisa.

Se acercó a su amigo y de inmediato comprobó que estaba vivo; revisó que no tuviera ninguna lesión grave y, apoyándole la cabeza en su rodilla, le dio unas ligeras palmadas en las mejillas al tiempo que le decía: Tom, Tom, ¿cómo estás, Tom? ¡Contéstame!

En unos segundos, Tomás emitió un ligero gemido y abrió los ojos.

—Hola, ¿qué pasó?

—Casi nada...pero dime, ¿cómo te sientes?, ¿te duele algo?

—Todo el cuerpo... pero, déjame ver —dijo mientras, lentamente, fue moviendo uno a uno sus miembros y se enderezó—. Creo que estoy completo... ¡ay!... qué chichón tengo en la cabeza. Recuerdo que caí, ¿no es así?

—¡Vaya susto que me diste!

—¿Y tú cómo es que estás aquí?

—Bajé con la cuerda.

—Pues entonces subamos por el mismo camino. Ya se me aclaró la cabeza, aunque me duele mucho —y mirando hacia abajo, exclamó—: ¡De la que me salvé! Ayúdame a pararme.

Pero cuando trató de hacerlo, uno de sus tobillos no lo aguantó y se derrumbó nuevamente con gestos de dolor.

—No puedo, creo que me rompí un tobillo.

—Quédate quieto mientras primero veo la forma de que nos aseguremos, ya que nuestra situación es bastante precaria; no olvides que estamos a demasiada altura.

Desgraciadamente, Carlos no encontró junto a donde estaban alguna fisura donde poder meter una clavija que quedara firme, por lo que con cuidado se desplazó sobre la repisa hacia una pequeña saliente como a metro y medio de donde estaban, en la cual logró fijar una clavija y se aseguró a la misma. En el momento en que iba a regresar con Tomás para asegurarlo, sin saber realmente porqué, miró hacia el otro lado de la saliente y se llevó una sorpresa, ya que su vista topó con una gran oquedad en la roca, una especie de pequeña cueva donde podían caber dos personas con cierta comodidad; de inmediato pensó que ahí podía atender la lesión de su compañero. Se dirigió a él, lo aseguró con la última cuerda que llevaba, y le comunicó su idea; y así, arrastrándole llegaron a la cueva donde descansaron por un momento.

—Ahora, veamos ese tobillo —le dijo Carlos, y con habilidad se lo revisó—. Estoy seguro, hasta donde sé, que no está fracturado, pero sí bastante lastimado, ya que presenta un esguince tremendo.

—Mira, Carlos, mira, ya levantó un poco de neblina y allá abajo se ve el campamento, vamos a pedir ayuda —casi gritó Tomás.

El silbato de Carlos rasgó los aires una y otra vez con el S. O. S. Un momento después, recibieron la respuesta que les envió Ernesto; contestaron, pero la respuesta era siempre la misma, por lo que dedujeron que no los oían, ya que tenían el fuerte viento de frente. Unieron sus silbatos y sus gritos, sin resultado, por lo que la desesperación y el desaliento se apoderó de ellos. Sabiendo que no podían subir, intentaron encender un fuego con papeles, pero los cerillos se habían

quedado en la mochila de Tomás, junto con la comida; afortunadamente, Carlos había conservado su mochila, así como su cantimplora, y en la primera encontraron galletas y dulces, aparte de los libros que debían entregar en Santo Domingo, clavijas, mosquetones, sus reportes de la expedición, una piola, la chamarra de Carlos, su bolsa de dormir y equipo personal.

Carlos limpió las heridas y raspones de Tom, vendó, inmovilizó y cubrió su tobillo lo mejor que pudo, buscando que no se le enfriara demasiado; al terminar, comieron y bebieron un poco y continuaron periódicamente mandando señales con silbato, con la esperanza de que calmara el viento y los oyeran, pero sin suerte, por lo cual se prepararon a pasar una noche difícil, ya que al atardecer comenzó a llover, amenazando tormenta, sin contar con una nube de mosquitos que no dejaban de martirizarlos con sus zumbidos y piquetes.



* * *

—¡Hay que bajar!, ¡hay que bajar! —gritó Jaime con desesperación.

—Sí, pero calmados —ordenó Julio—, mientras ataba la cuerda a la clavija en la roca, una vez que comprobó su resistencia. Luego indicó a Mario:

—Voy a bajar, tú me sigues; los demás esperen aquí.

—Yo bajo —exclamó Jaime.

—Te quedas —dijo tajante Julio—. Luis, cuídalo y contrólalo.

—Jefe, jefe —se oyó la voz de Pablo en ese momento—, llegamos a la pared y no se ve nada.

—Esperen un poco —les respondió Alejandro—, parece que hay algo.

Julio se lanzó en un rápido y corto descenso a la repisa y Mario se le unió en breve.

—Es un pañuelo —comentó Julio—, pero no se ve nada más; vamos a...

—Una clavija —le interrumpió Mario—, en aquella saliente. ¡Aquí están! —gritó jubiloso.

Con todo cuidado, los dos rovers superaron el obstáculo y se acercaron a Tomás y a Carlos, quienes más que dormir estaban sumidos en un profundo sopor, causado por el agotamiento físico y sobre todo nervioso.

—Alejandro —llamó Julio.

—Dime, Julio.

—Los encontramos. Por favor envíame con una cuerda el botiquín de mi mochila.

En unos momentos se cumplimentó la orden, y Julio y Mario frotaron alcohol en la cabeza y brazos de sus amigos, que pronto se reanimaron un poco y abrieron los ojos.

—¡Julio! ¡Mario!, ¡qué gusto verlos!

En pocas palabras los pusieron al tanto del accidente sufrido y de sus condiciones. Se fijaron y lanzaron nuevas cuerdas y, con las precauciones y cuidados necesarios, se izó al accidentado; se comunicó la buena nueva a Ernesto y Pablo, los que a su vez informaron a Pepe y a la tropa que esperaba noticias y lanzaron gritos de alegría. Se acondicionó una camilla para Tomás, y se inició el descenso al camino de Santo Domingo.

Con paso cansado y algunos metros atrás cerraba la marcha Julio, y viendo a sus queridos muchachos que no ocultaban su alegría, murmuró:

—Gracias, Señor... no habrá ninguna cama vacía esta noche en sus hogares.



FIN

Contenido

Llamada de reunión	5
<i>Marcelino Enrique Gracia Gasca</i>	
Rescate	9

La presente obra se liberó en la red durante abril de 2024.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

PRIMERA TEMPORADA

1. Narraciones escultas, Won-Tolla
2. Agrupaciones pioneras del escultismo mexicano,
Arturo Reyes Fragoso (compilador)
3. Más scouts para un mundo mejor,
Antología de Fernando Soto-Hay y García
(selección de Arturo Reyes Fragoso)
4. Los primeros años del Consejo Interamericano
de Escultismo, Salvador Fernández Bertrán
5. Documentos históricos de Adiestramiento,
Thurman • Fernández Bertrán • Reyes Luján
6. **Rescate, Alberto García Duarte**
7. Retratos con pañoleta. Galería de semblanzas,
Arturo Reyes Fragoso
8. Aquel curso donde llevaron la huella de B-P a Meztitla,
Ignacio González Siller • Arturo Reyes Fragoso
9. Zulúes, matabeles y bóers, Arturo Reyes Fragoso
10. Letras musicales scouts mexicanas. Antología histórica,
José de Jesús Reyes Feist (selección)



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx